

CONTREBIA LEUKADE Y LA DEFINICIÓN DE UN NUEVO ESPACIO PARA LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA

JOSÉ ANTONIO HERNÁNDEZ VERA*

RESUMEN.— Al avance de los resultados obtenidos en la excavación de la muralla y del espacio interior de la ciudad identificada como *Contrebia Leukade*, se añade la propuesta de su identificación con *Akra Leuke* y la del traslado del escenario de las operaciones de buena parte de la Segunda Púnica a las tierras del interior del valle del Ebro.

PALABRAS CLAVE: *Contrebia Leukade, urbanismo celtibérico, muralla, Guerras Púnicas, Akra Leuke.*

ABSTRACT.— On the strength of the results obtained in the excavations of the wall and the interior of the city identified as *Contrebia Leukade* it has been tentatively proposed that this is in fact *Akra Leuke* and that the scene of operations of a greater part of the Second Punic War was in the upper reaches of the Ebro Valley.

KEY WORDS: *Contrebia Leukade, Celtiberian urbanism, city walls, Punic Wars, Akra Leuke.*

1. SITUACIÓN

Las ruinas de *Contrebia Leukade* se sitúan en término de Aguilar del río Alhama, La Rioja, muy próximas al barrio de Inestrillas, en una posición intermedia del curso del Alhama, afluente de la derecha del Ebro.

A nivel macroespacial la ciudad controlaba un territorio de contacto de dos espacios física y económicamente bien diferenciados: el valle del Ebro y la Meseta. Controlaba igualmente el curso del Alhama que, con su escaso desarrollo, no llega a 100 km., y su reducida pendiente, entre su nacimiento y su desembocadura el desnivel se reduce a 900 m., constituye un camino rápido y directo entre los dos espacios citados,

circunstancia que debió ser tenida muy en cuenta por los romanos a la hora de planificar el asalto y la conquista de la Meseta, y que justifica la temprana fundación de *Graccurris* en el 179 a.C. que, como una auténtica base de operaciones militares, se llevó a cabo junto a la desembocadura del Alhama. En el extremo opuesto, junto a la cabecera, se sitúa Numancia. El control de esta vía justifica igualmente que más tarde, en época imperial, se reocupe el lugar en que se sitúan las ruinas y se rehaga su dispositivo de defensa con vistas a facilitar el trasvase rápido de tropas entre el Ebro y la Meseta, ahora pertenecientes al *Conventus Caesaraugustanus* y *Cluniensis* respectivamente y cuya demarcación se fijó en esta zona¹.

* Área de Prehistoria del Departamento de Ciencias de la Antigüedad de la Universidad de Zaragoza.

El presente artículo se inscribe dentro de los objetivos establecidos por el grupo consolidado de investigación URBS, CONS+ID, Gobierno de Aragón.

¹ El carácter fronterizo de este espacio es una constante histórica. En la Antigüedad, durante los años de la conquista,

supone el límite del territorio perteneciente primero a los arévacos y adscrito más tarde a los pelendones, y en época imperial la frontera entre el *Conventus Caesaraugustanus* y el *Cluniensis*. Durante la Edad Media, aquí se fija la frontera entre los reinos de Castilla, Navarra y Aragón. Por último, en la actualidad, marca la convergencia entre cuatro comunidades autónomas

A nivel microespacial, las características del relieve justifican sobradamente la elección de este enclave para construir la ciudad y sus sucesivas reocupaciones: las ruinas se levantan sobre dos montes y una vaguada intermedia, situados en la margen derecha del Alhama, en un punto en el que el curso del río traza un meandro profundamente encajonado. La mitad de su perímetro está surcada por un escarpe vertical sobre el río de gran desarrollo en altura, que hace innecesario cualquier dispositivo artificial de defensa, en tanto que la otra mitad está rodeada por una muralla y un foso cuya conjunción configura un dispositivo de características únicas en su tiempo. El espacio comprendido entre el escarpe y el foso alcanza una superficie de 12 Ha. A la que hay que sumar una superficie menor, de 1,5 Ha. situada en el lado sur, entre el foso principal y otros elementos complementarios de defensa, y otra de mayores dimensiones, situada al este entre el foso y un segundo cerco apenas perceptible, que delimita un espacio posiblemente destinado al ganado.

2. ANTECEDENTES

Aunque las primeras noticias del lugar datan del siglo XVIII, en que fue visitado por Traggia (TRAGGIA, 1792: 157-167), y a lo largo del XIX y comienzos del XX varios autores se refieren a él destacando la singularidad de algunas estructuras de las que proporcionan descripción y medidas, fue Taracena quien lo dio a conocer a la comunidad científica. La primera visita realizada en 1924, le permitió calibrar el potencial arqueológico del yacimiento y su identificación con la ciudad celtibérica de *Contrebia Leukade*, basándose en la información que proporciona Livio respecto a los acontecimientos que tienen lugar entre el 77 y 76 a.C. con motivo de la guerra sertoriana (TARACENA, 1926). Más tarde, en 1934 y 1935, realizó excavaciones arqueológicas en diferentes puntos que afianzaron su creencia respecto a la atribución de las ruinas y le permitieron conocer las características más destacables de su sistema defensivo y de los elementos que se ordenan en su espacio interior y definir la secuencia ocupacional del lugar (TARACENA, 1942: 21-27)

En base a la estratigrafía y al estudio de los materiales, Taracena establece dos etapas de

gran actividad en el interior de la ciudad: la primera correspondiente al comienzo de la ocupación, que no parece anterior al siglo II ni posterior al I a.C., y a la que pertenecen el foso y la muralla que cierran los lados sur y este del perímetro de la ciudad, así como las casas parcialmente excavadas en la roca que ocupan su interior, y la segunda iniciada en el siglo III d.C., en que se levanta la muralla del lado norte en sustitución de otra anterior destruida, y que se prolonga hasta la Edad Media. Entre ambas etapas se sucede un periodo de tiempo en que la actividad de la ciudad se reduce al mínimo.

Las conclusiones de Taracena se han mantenido prácticamente invariables hasta la fecha y, básicamente, a ellas nos atuvimos en nuestro primer estudio del yacimiento, excepto en lo que concierne a la definición de un primer asentamiento que tiene lugar en la Primera Edad del Hierro, y que se circunscribe al monte más occidental, estando bien delimitado por el escarpe sobre el río y una muralla que cierra el lado este (HERNÁNDEZ, 1982). A lo dicho por Taracena también se han ajustado cuantos autores se han referido a la ciudad.

Sin embargo, los resultados de las excavaciones en curso, aparte de modificar estas conclusiones tanto en lo que respecta a las fases de ocupación y desarrollo cronológico, como en lo que atañe a las características de los elementos que integran el sistema defensivo o se ordenan en el interior de la ciudad, abren nuevas opciones a la hora de valorar los motivos que justificaron la construcción de esta gran fortaleza y conocer su implicación en los acontecimientos que afectan al valle del Ebro en los siglos que preceden y suceden al cambio de Era.

3. INTERVENCIONES ÚLTIMAS

A. Objetivos

Cuando en 1989 se reiniciaron las excavaciones, al logro de unos objetivos científicos, se sumaban otros de carácter económico y social, basados en la puesta en valor y el acondicionamiento de parte del yacimiento para su exposición pública. Por ello, evitando la dispersión de catas y sondeos en distintos sectores, hemos tendido a concentrar los trabajos en aquellos

lugares que permitían obtener la información científica que pretendíamos y establecer un recorrido por el interior de las ruinas, que resultase cómodo y, al mismo tiempo, capaz de proporcionar una visión lo más completa, significativa y de fácil comprensión para el mayor número de los potenciales visitantes.

En razón de lo expuesto, tras la primera campaña que dedicamos a limpiar los espacios excavados por Taracena, lo que condujo a la revisión de la cronología y adscripción cultural de las estructuras descubiertas por él, centramos nuestro trabajo en la excavación de la ladera noreste, los extremos de la vaguada que recorre el centro del yacimiento y parte de la muralla que se conserva en el lado sur.

B. Resultados

B.1. Ladera norte (Fig. 1, 2, 3 y 4)

La intervención de Taracena en este lugar dejó al descubierto parte de la muralla imperial, de cuya puerta situada en el extremo oriental en el eje de la vaguada, publicó planta y alzados (TARACENA, 1942: fig: 8), y varios espacios de habitación celtibéricos, alineados y recorridos en su frente por una calle surcada por profundas rodadas, y atravesada por un canal de evacuación de aguas. Sobre estos elementos que están parcialmente excavados en la roca natural, se levantaron más tarde varios muros de mampostería que rompen su ordenación (HERNÁNDEZ, 1982: Lam. XIII). Continuando el trabajo de Taracena, parte importante de las actuaciones de estos años está recayendo en esta ladera tanto en el espacio inferior, como en el superior al excavado por él. Y aunque la información obtenida afecta a todas y cada una de las fases de ocupación cuya incidencia es fácilmente detectable a nivel estratigráfico y arquitectónico, destaca la que concierne a la etapa celtibérica en la que se planificó y llevó a cabo la urbanización de la ciudad y de la que vamos a ocuparnos prioritariamente.

Prescindiendo de los enterramientos pertenecientes al final de la Edad del Bronce, realizados en el interior de la llamada cueva de los lagos (CASADO, 1979), a la que más tarde se habilitó un acceso que llevaba desde el interior de la ciu-

dad hasta el nivel freático, la secuencia de ocupación obtenida en estos años modifica y amplía sustancialmente la establecida por Taracena:

1. Inicio de la ocupación en la Primera Edad del Hierro por una población asentada en el cerro más occidental.
2. Construcción de la ciudad celtibérica ampliando considerablemente el espacio del poblado anterior. La incidencia de la conquista romana se traduce en sucesivas reparaciones del sistema defensivo.
3. Ocupación romano-imperial, realizada entre finales del S. I e inicios del II, en que se levanta la muralla que cierra el lado norte en sustitución de la celtibérica destruida.
4. Ocupación tardoantigua, correspondiente a una población de origen bárbaro que se instala en la ciudad en el siglo VII y que perdura hasta el IX recibiendo el influjo islámico.

En la parte más occidental de la ladera, el límite inferior viene marcado por el hallazgo de la muralla celtibérica que cerraba la parte más baja de la ciudad, enlazando con el escarpe que protege el lado noroccidental. Su trazado no coincide con el de la romana que la sustituyó más tarde y que, pese a haber desaparecido los sillares que formaban su paramento externo, se ha podido definir con bastante exactitud.

La muralla celtibérica se dispone en una posición algo avanzada respecto a la romana, cuyo extremo se incurva ligeramente para unirse con ella. Pese a que el estado de conservación es muy deficiente y sólo un pequeño tramo conserva varias hiladas de sillares, su trazado puede fijarse con precisión a través de los marcados retalles efectuados en la roca natural para afianzar su asiento. En el frente exterior de un tramo que se conserva en pie, se encuentra la abertura correspondiente al desagüe del canal que corta las alineaciones de casas y calles, que se suceden en la ladera. Debajo del mismo tramo, y a una cota inferior, se sitúan dos mortajas que pueden corresponder a vigas de una hipotética estructura rectangular adosada al exterior, tal vez una torre, cuya planta y arranque del alzado es posible que se conserven, ya que la excavación en este punto

no está concluida.

En el nivel de destrucción situado al exterior de la muralla celtibérica se recuperó una gran cantidad de material, entre el que destacan varios fragmentos de un pavimento de *opus signinum* con decoración geométrica formada por una retícula de rombos enmarcada por una cenefa de esvásticas, que conservan en buen estado la coloración roja que cubría su superficie y sobre la que destacaban las teselas blancas, y varias molduras de yeso. Entre los materiales cerámicos hay que reseñar la presencia de producciones itálicas de época republicana –vasijas de cocina, vasos de barniz negro y de paredes finas etc.–, varias cráteras cuya morfología y decoración remiten a ambientes ibéricos (HERNÁNDEZ-MARTÍNEZ, 1994), y dentro de las producciones indígenas, aparte del repertorio de formas y decoraciones habituales en los asentamientos celtibéricos, una excepcional vasija decorada con cabezas humanas, cuya función rebasa lo exclusivamente utilitario para adentrarse en el campo de lo ritual (HERNÁNDEZ-SOPEÑA, 1991). El conjunto proporciona una fecha para la destrucción definitiva de la muralla y de la ciudad celtibérica en la primera mitad del siglo I a. C.

Entre la muralla celtibérica y el grupo de casas excavado por Taracena, se hallaron varias habitaciones de planta cuadrada excavada parcialmente en la roca, dispuestas en tres alineaciones paralelas a distinto nivel. Sobre parte de ellas se levantó la muralla romana y varios muros asociados a la misma, por lo que su planta no ha podido perfilarse completamente. Pero, entre las que son visibles, destacan tres situadas en el nivel inferior, que se adosan a la muralla celtibérica. En las tres, sobre el suelo o sobre las paredes laterales, se conservan elementos, como arranques de pies derechos dejados en la roca natural o mortajas de vigas, que hacen suponer un gran desarrollo en altura.

Encima del grupo excavado por Taracena, que forma la cuarta alineación, quedaron al descubierto otras alineaciones con espacios de habitación, también abiertos parcialmente en la roca natural, en muy diferente estado de conservación, debido a la desigual composición de la base.

La serie mejor conservada de toda la ladera y, junto a las dos situadas en la parte superior de la vaguada, una de las más completas de cuantas se han excavado en todo el yacimiento, forma la quinta alineación. Al igual que la excavada por Taracena está recorrida en su parte anterior por una calle que, en este caso, no está excavada en la roca natural, sino que se sitúa sobre una terraza artificial que, al desplomarse, ha provocado la destrucción de parte importante de la calle, de manera que sólo puede seguirse en el lado interior.

Una de las casas de este grupo debe incluirse entre las más representativas de la ciudad. Está excavada parcialmente en la roca y su planta cuadrada muy regular mide 4,55 m. de anchura por 5,82 de profundidad. Consta de dos espacios situados a distinto nivel: un vestíbulo al que corresponden los 1,60 primeros metros y en cuyos extremos se abren dos depósitos de planta cuadrada de 1,10 por 0,96 m. y 0,92 por 1 m. respectivamente, cuya parte superior presenta varios retalles destinados a encajar tapas de madera, y una habitación principal a la que corresponden los 4,22 m. restantes. En la pared del fondo, a 2,70 m. de altura se conservan varias mortajas destinadas a la entrega de las vigas que soportaban una segunda planta a la que debía accederse mediante una escalera de madera, o bien desde otra calle situada en el nivel superior al grupo. A la derecha de esta casa y comunicado lateralmente con ella se encuentra otro espacio, también excavado en la roca de 2,10 m de anchura por 5 de profundidad en cuya parte anterior se encuentra un nuevo depósito, que también está provisto de retalles para encajar una tapadera. Otros tres espacios rectangulares de proporciones variables y también excavados en la roca, completan el grupo por este lado. En el espacio inmediato se conserva parte del canal de evacuación de aguas y una rodada de carro apenas marcada.

A la izquierda de la casa descrita y separadas de ella por un medianil de 0,50 m. de anchura dejado en el momento de su construcción, se encuentran otras dos que presentan la singularidad de haber sido excavadas conjuntamente, separándose más tarde mediante un medianil cuyo arranque puede observarse tanto en las habitaciones principales de 3,55 m. de anchura por 3,90 de pro-

fundidad y 4,10 por 3,90 respectivamente, como en los vestíbulos de 1,50 y 1,80 m. de fondo. La más oriental presenta dos depósitos de planta rectangular, con los correspondientes anclajes destinados a tapas, situados uno en el vestíbulo y otro en la habitación principal, aunque en la línea de contacto con el vestíbulo, al igual que sucede en la casa inmediata. También en la pared del fondo de ambas casas, a 2,90 m. de altura se conservan las mortajas destinadas a la entrega de las vigas que soportaban una segunda planta.

Alineado con el grupo excavado por Taracena, pero situado en una cota más alta, llama la atención la presencia de un espacio rectangular de 3,92 por 3,40 m., cuyo suelo presenta una serie de depresiones circulares dispuestas regularmente. Se trata de un espacio destinado a almacén y las depresiones forman cámaras de aireación en las que se depositaba el líquido que rezumaban las vasijas de gran tamaño colocadas sobre ellas y que permanecían largo tiempo sin moverse, y también el que podía derramarse en el proceso de llenado o extracción. Se trata pues de un dispositivo destinado a mantener saneado el fondo de las vasijas evitando el deterioro que pudiera ocasionar el exceso de humedad.

En el espacio ocupado por una corraliza de ovejas en estado de ruina se sitúa una sexta alineación de viviendas precedidas por una nueva calle. Sólo se conservan dos habitaciones rupestres en la parte del fondo, que fueron aprovechadas para formar la parte cubierta del aprisco.

Tras la corraliza se excavó un amplio espacio en el que la mayor pendiente de la ladera y la naturaleza más endeble y fracturada de la roca han facilitado la erosión, provocando el arrasamiento de la mayor parte de las estructuras aquí ubicadas. La excavación en esta parte, consistió en una profunda limpieza. Pero los resultados obtenidos, aunque no tan espectaculares como los de otras zonas, suponen un complemento imprescindible para conocer las soluciones adoptadas en la urbanización de los espacios dispuestos en fuerte pendiente y la densidad de población de la ciudad.

A partir de lo que se conserva por estar excavado en la roca, y los retalles realizados para asegurar el asiento de los muros de contención

de las terrazas, en esta superficie pueden diferenciarse, al menos, cuatro nuevas alineaciones de estructuras de habitación, dispuestas de acuerdo con las curvas de nivel, dejando un mínimo espacio entre ellas.

Mejor que en cualquier otro punto, se pone aquí de manifiesto la preocupación de los constructores de la ciudad por el máximo aprovechamiento del espacio y la existencia de un elaborado proyecto rigurosamente ejecutado.

La urbanización de esta ladera supuso una profunda alteración del relieve y obligó a adoptar costosas soluciones para crear terrazas sobre las que asentar las alineaciones de casas y el sistema de circulación. Esto se consiguió mediante un sistema mixto en el que se combinaban amplios rebajes de la roca que formaban la parte interior de las terrazas, y potentes muros de contención que soportaban la parte exterior de las mismas. El arrasamiento y arrastre han sido tan grandes, que sólo en algunos tramos, se conservan los retalles en que se anclaban los muros.

Con todo, aunque esta zona carece de la espectacularidad y monumentalidad propias de otros lugares del yacimiento, permite conocer las características urbanísticas del mismo, pese a que la desaparición de los elementos urbanos asentados en la parte anterior de las terrazas, dejan abiertos grandes interrogantes, sobre todo en lo que atañe a la organización del sistema de circulación en el que debieron combinarse calles horizontales ajustadas a las curvas de nivel con otras perpendiculares.

En el extremo opuesto de la ladera, detrás de la puerta romana, se han excavado cuatro casas de un grupo que recorre todo el frente, hasta unir seguramente con una de las alineaciones descritas. En este lugar los últimos ocupantes llevaron a cabo una profunda reorganización del espacio, enmascarando los restos celtibéricos. No obstante, la eliminación de las estructuras tardoantiguas en una de las casas, permitió comprobar que sigue conservándose la compartimentación celtibérica a base de un vestíbulo y una habitación principal. Tres de estas casas añaden una tercera habitación situada al fondo y excavada totalmente en la roca con el techo a doble vertiente, característica que se repite sistemáticamente por toda la ciudad.

B.2. Parte superior de la vaguada (Fig. 5)

En la parte superior de la vaguada confluyen el escarpe vertical que protege la mitad occidental del lado sur y que aquí alcanza su mayor desarrollo, y el arranque del complejo fosomuralla que ciñe la mitad oriental de la ciudad.

El interés del lugar no pasó inadvertido a Taracena, pues parte de su trabajo se realizó en este punto, dejando al descubierto un tramo de la muralla celtibérica y varias estructuras situadas al interior y al exterior de la misma, de las que publicó planta y secciones (TARACENA, 1942: Fig.9)

Dos catas realizadas al interior de la muralla pusieron de manifiesto la presencia de una profunda canalización excavada en la roca natural por debajo de los sedimentos naturales, a la que asignó funciones de cloaca. Al exterior quedó visible un potente muro levantado sobre la línea del foso, paralelo a la muralla y unido perpendicularmente a ella, que fue considerado parte integrante del sistema defensivo celtibérico, atribuyéndole la misma cronología, pese a las marcadas diferencias constructivas que presenta y que, por otra parte, no quedaron reflejadas en la planta.

El análisis de estos restos nos llevó a la convicción, hace tiempo, de que la interpretación de Taracena distaba mucho de ser satisfactoria y a deducir la presencia de una gran torre adosada a la muralla y a la ladera del monte occidental y a proponer la existencia de una puerta que salvaría el inconveniente del foso mediante un puente, de forma similar a como se hacía en Azaila (HERNÁNDEZ, 1982:125). Aclarar estos puntos fue el objetivo que nos propusimos cuando retomamos la excavación de esta zona.

En otro orden de ideas, este lugar es el más adecuado para completar la información que queremos ofrecer a los potenciales visitantes, pues desde el exterior, junto a la más completa visión del dispositivo defensivo celtibérico, se dispone de una amplia panorámica del entorno en que se asienta la ciudad, y en el interior, perpendicular a la muralla y adosado a ella se sitúa un grupo de casas en presumible buen estado de conservación cuya excavación, en principio, permitiría completar los datos disponibles sobre las características de las plantas y alzados, y sobre las soluciones adoptadas en su construc-

ción. Nuestras expectativas se vieron ampliamente rebasadas.

B.2.1. Sistema defensivo

En lo que respecta al sistema defensivo, quedó al descubierto la totalidad del tramo de muralla que cierra el inicio de la vaguada, uniendo los dos montes sobre los que se asienta la ciudad, y se localizó la puerta y definió la torre así como el resto de los elementos de refuerzo que fueron acoplándose.

Al igual que el resto de la muralla celtibérica, este tramo se levanta directamente sobre la roca natural, regularizada previamente, para afianzar el asiento de las hiladas inferiores de sillares. Mide 17,20 m. de longitud y su grosor varía entre 3,22 y 4,60 m., correspondiendo el mayor al extremo occidental, donde se sitúa la puerta. Está construida a base de dos paramentos de grandes bloques de piedra caliza del lugar, careados al exterior y bien dispuestos en hiladas horizontales, y el correspondiente relleno intermedio de piedras de pequeño tamaño y tierra. Del paramento interior que arranca a una cota más profunda, se conservan hasta 7 hiladas de sillares que suponen 2,20 m. de altura, mientras que del exterior sólo se conservan 4 hiladas que llegan a 1,50 m.

La parte superior desaparecida, debió levantarse con adobes, a partir de una altura difícil de determinar, como se deduce de la presencia de abundantes fragmentos de los mismos en un nivel de destrucción muy compactado, sobre el que se levantó en un momento posterior parte de un torreón del que a continuación pasamos a ocuparnos.

En el extremo occidental del tramo, muy cerca del cortado sobre el río, la muralla se interrumpe para alojar una entrada cuyo eje se dispone perpendicularmente a ella, y en la que pueden diferenciarse distintas fases constructivas.

En la primera, el corredor de acceso tenía un desarrollo de 4,60 m. de profundidad y presentaba un ligero abocinamiento, pues mide 3,05 m. de anchura en la fachada exterior, donde se conservan restos de los quiciales en los que encajaban los espigones de las dos hojas de que constaba la puerta, y 2,60 en la interior. De las paredes que delimitan el corredor se conservan 1,50 m. de altura.

El único tratamiento especial de la entrada, en esta primera fase, viene dado por el mayor engrosamiento de la muralla en este punto y su misma situación junto al escarpe sobre el Alhama y el arranque del foso.

Este tipo de entrada, el más elemental de todos, es también el más frecuente en los poblados de la Primera Edad del Hierro y, aunque la información disponible es parcial y poco concluyente, a él debieron ajustarse la mayoría de las puertas de los castros sorianos (ROMERO, 1991: 208) en los que también es habitual que las entradas se sitúen junto a acantilados y escarpes rocosos para reducir el espacio disponible a los posibles asaltantes, como ocurre en El Royo (EIROA, 1979), El Espino, El Pico de Cabrejas del Pinar y El Puntal de Sotillo del Rincón, entre otros (LORRIO, 1997: 84). Aunque más tarde, en la etapa de plenitud de la cultura celtibérica, los accesos tienden a dotarse de una mayor complejidad, no faltan casos en los que este modelo simple continúa vigente, como ocurre en Castilmontán donde, al igual que en nuestro caso, la muralla se engrosa en el punto en que se abre la entrada a la que se accede desde el exterior, a través de una rampa (ARCEGUI, 1992). En el valle del Ebro, de confirmarse su autenticidad, una puerta de Azuara se ajustaría a este modelo (ASENSIO, 1995: 354) que también está presente en poblados del Bajo Aragón (BOSCH GIMPERA, 1929) y que encontramos ampliamente difundido por el litoral mediterráneo (MORET, 1996: 121)

La simplicidad de esta puerta hacía que resultase particularmente vulnerable. Por lo que más tarde, se reforzó su exterior mediante la yuxtaposición de un potente bastión o torreón en el que pueden diferenciarse dos fases constructivas, abierto en la parte central, en el espacio que corresponde a la prolongación del corredor de acceso de la primera entrada.

Aunque en función de la planta y de lo que se conserva del alzado, podría pensarse que estamos en presencia de dos torres de flanqueo, situadas a ambos lados de la puerta, ajustándose a un modelo habitual sobre todo en el área ibérica, donde constituye un sistema que se utiliza desde el Ibérico Antiguo (MORET, 1996: 121), creemos que no es el caso. Al respecto se debe establecer una distinción clara entre las torres de

flanqueo, en sentido estricto, que se adelantan a la línea en que se sitúa la puerta y mantienen su autonomía arquitectónica en todo su desarrollo, y las que, una vez superada la altura del dintel de la puerta que en este caso estaría alineada con la fachada, se funden formando un solo cuerpo. Este es el sistema aquí utilizado, ya que la puerta estaba situada en la línea exterior, aunque los quiciales que se conservan corresponden a una reparación de época imperial.

Al igual que la muralla, la parte inferior de la torre se construyó con bloques de piedra de gran tamaño y bien escuadrados, en tanto que la parte superior, cuyo desarrollo en altura, aunque difícil de conocer, debía ser considerable, se levantaría en adobe.

El cuerpo superior debió estar hueco y articulado en varias plantas que, aunque intercomunicadas, contarían con accesos independientes dispuestos a distinto nivel en la ladera del cerro occidental, donde en la última campaña de excavaciones han quedado al descubierto grandes rebajes escalonados que deben corresponder en unos casos a rampas de acceso, y en otros a regularizaciones del espacio previas al levantamiento de la torre y muralla.

Desde el punto de vista poliorcético, las ventajas que ofrecía la reforma resultan evidentes. De entrada la torre o el bastión añadido permitiría alcanzar una mayor altura y confería a este punto una mayor solidez y capacidad de resistencia a los impactos de los proyectiles lanzados desde el exterior. En segundo lugar, la prolongación del corredor de acceso, que de 4,60 m. de profundidad pasó a tener 10,60, hacía más difícil la entrada al interior. Por último, la mayor superficie de la plataforma superior posibilitaba la presencia de un mayor número de defensores y la disposición de elementos disuasorios a una mayor altura sobre la misma puerta.

Con todo, el dispositivo resultante de la conjugación del foso, la muralla, el torreón y la misma situación de la puerta junto al escarpe sobre el río, no fue suficiente para neutralizar los inconvenientes que presentaba este lugar.

La configuración del relieve del espacio inmediatamente exterior, situado a mayor altura que la puerta, facilitaba la instalación de máquinas de guerra, acentuando la vulnerabilidad de

este punto, sin que otros elementos complementarios dispuestos más allá de la línea del foso (HERNÁNDEZ, 1982: 126) supusieran obstáculos efectivos. Por ello, en esta zona debieron concentrarse de forma preferente las actuaciones dirigidas a la conquista de la ciudad, lo que justifica la presencia de diferentes aparejos en los tramos de muralla que se conservan en este lado, muy cerca de la puerta, que corresponden a destrucciones parciales seguidas de otras tantas reparaciones.

Como era de esperar, la ocupación altoimperial que supuso la construcción de nueva planta de la muralla que cierra el lado noreste de la ciudad, en sustitución de la celtibérica totalmente arruinada, debió llevar aparejada la puesta en valor y la recuperación del resto del perímetro defensivo, incluida esta parte. Aquí, la rehabilitación imperial no implicó la rectificación o la corrección del trazado primitivo al que se siguió ajustando. Sólo en algunos puntos, en los que los bloques de caliza aparecen cogidos con mortero, resultan detectables los arreglos.

A la ocupación imperial hay que atribuir la construcción del muro añadido al exterior de la muralla celtibérica, junto a la línea del foso, que arranca de uno de los ángulos de la torre y que, aunque prácticamente ha desaparecido, está bien documentado por Taracena. Su limpieza ha permitido determinar que se levantó con bloques reutilizados, algunos dispuestos a tizón, cogidos con mortero, apartándose de la norma habitual en la muralla celtibérica.

También debe fecharse en época imperial la estancia rectangular de 8,48 por 5,82 m., que se adosa al interior de la muralla, levantada con muros de mampostería de 0,70 m. de grosor, de los que se conservan hasta 0,50 m. de altura.

Por último, también en este momento se reparó la puerta colocando un umbral similar al que se conserva en la muralla noreste, cerrando la parte baja de la vaguada. Más tarde, en época tardoantigua, una de las piezas de este umbral fue arrancada, y reutilizada como jamba de la puerta principal de la casa inmediata.

B.2.2. Las casas adosadas a la muralla

Perpendicular a la muralla se construyó un grupo de casas que, dentro de los que cono-

mos, es uno de los mejor conservados y significativos de la arquitectura doméstica de la ciudad. Parte importante de las casas que lo integran está excavada en la roca natural respetando los medianiles en los que, al igual que en la pared del fondo, se tallaron mortajas para encajar las vigas que sustentan plantas superiores. Todas las casas fueron reocupadas en el siglo VII por los últimos habitantes de la ciudad tras regularizar y extraer parte de los niveles de destrucción anteriores.

En los primeros años de nuestra intervención se excavaron parcialmente tres casas de las que en dos, excepto en la parte más profunda en la que se alcanzó el nivel del suelo celtibérico, sólo se llegó hasta los niveles visigodos (HERNÁNDEZ-GUTIÉRREZ-MARTÍNEZ, 1996). La tercera en la que se documentaron dos fases dentro de la ocupación celtibérica, proporcionó una información excepcional, pues en función de los retalles pudimos comprobar la presencia de tres plantas (HERNÁNDEZ-GUTIÉRREZ-MARTÍNEZ, 1997).

Más recientemente se ha intervenido en un espacio inmediato a la muralla que resultó corresponder a dos casas excavadas conjuntamente y separadas por un medianil de 0,45 m. de grosor, que en su parte inferior, hasta una altura de 0,40 m. se talló en la roca.

Ambas casas tienen una disposición similar y un gran desarrollo en profundidad. La primera, la que se adosa a la muralla, mide 2,40 m. de anchura por 9,25 de profundidad y parece constar de un único espacio en cuya parte anterior, en la línea de la fachada, se abre un depósito de planta tendente a rectangular de 0,60 por 1,10 m. y 0,60 de profundidad, que conserva el revestimiento de yeso. La segunda, algo más amplia, consta de dos espacios separados por una pared de la que se conserva, en el lado izquierdo, el arranque dejado en la roca natural. El primer espacio corresponde a un vestíbulo de 2,65 m. de anchura por 2,30 de profundidad, que presenta en su parte anterior otro depósito similar al descrito y que también conserva el revestimiento. La habitación principal mide 3,20 m. de anchura por 10 de profundidad, de los que los 3,60 situados al fondo penetran en la roca.

En las paredes laterales de ambos lados se conservan series de mortajas de gran tamaño,

destinadas a alojar las cabezas de potentes vigas que soportaban una segunda planta, al igual que ocurre en las casas del mismo grupo ya.

Además del nivel de destrucción celtibérico generalizado en todo el espacio, en la parte anterior de ambas casas, se halló un nivel de escasa potencia de época imperial que debe ponerse en relación con la estancia rectangular adosada al interior de la muralla.

Más tarde, sobre el espacio de las dos casas y sobre el nivel de destrucción celtibérico, se construyó una nueva casa compartimentada en dos habitaciones, con paredes de 0,70 m. de grosor, levantadas con mampostería irregular trabada con tierra y sin apenas cimentación. Sus paredes se orientan en la misma dirección que las celtibéricas, pero la que cierra la fachada está retraída respecto a ellas, dejando al exterior el espacio que ocupaban los vestíbulos y parte de las habitaciones principales. En su extremo derecho estaba la puerta de 1,16 m. de anchura, de la que se conserva una jamba formada por un gran bloque de piedra rectangular de 1,20 por 0,50 m. y 0,25 de grosor que con anterioridad, como ya se ha indicado, formaba parte del umbral de la puerta de la muralla en época imperial. La pared que separa las dos habitaciones se superpone al muro que separaba las dos casas celtibéricas, quedando interrumpido en la parte delantera en el tramo correspondiente a una puerta de 1,20 m. de anchura que comunicaba ambas habitaciones.

Mientras que los niveles celtibéricos y el imperial han sido parcos en elementos de cultura material, el correspondiente a esta última ocupación resulta excepcional tanto por la cantidad como por la variedad y naturaleza de los objetos proporcionados, la mayoría situados sobre el suelo de tierra endurecida de ambas habitaciones.

B.3. La muralla sur (Fig. 6)

La presencia de muros transversales uniendo, a distancias regulares de seis u ocho metros, los dos paramentos de la muralla celtibérica, fue consignada por Taracena en su primera visita al yacimiento (TARACENA, 1926: 138). La descripción que proporciona corresponde a una muralla de cajones que se aleja

tipológicamente de las tradicionales murallas celtibéricas heredadas de las de la Primera Edad del Hierro, para ajustarse a un modelo moderno surgido en el Mediterráneo y que aparece en la costa peninsular como consecuencia de las colonizaciones. La falta de evidencias que indiquen la llegada de influencias tempranas al interior del valle del Ebro ha hecho que a esta muralla se le adjudique una cronología avanzada vinculada a la presencia de los ejércitos romanos. De acuerdo con esto, Taracena fecha su construcción y con ella la fundación de *Contrebia Leukade* en un momento posterior a la campaña de Graco (TARACENA, 1942: 27).

La ausencia de nuevos datos hizo que en el estudio monográfico del yacimiento me ajustara a lo dicho por este autor, excepto en lo referente a la fecha de construcción de la ciudad, que remontamos a finales del siglo III o inicios del II a.C., por tanto a la fase previa al dominio romano del territorio, y sobre todo, a la situación de sus constructores, “celtiberos sometidos que continuaron sin apenas variación en sus rústicas costumbres” según Taracena, al considerar que, desde la elección del enclave, hasta las arquitecturas que se integran en su espacio, son propios de un pueblo que se presta a hacer frente y detener el avance de un enemigo al que conoce de cerca (HERNÁNDEZ, 1982: 133). Con todo, la opinión de Taracena ha prevalecido entre quienes recientemente han tratado de este complejo defensivo, proponiendo para el mismo un origen itálico y una datación en época republicana (ASENSIO, 1996: 26; ROMEO, 2002: 167-168), relacionándolo con la segunda fase de la muralla de Tarragona datada en el tercer cuarto del siglo II a.C. (ASENSIO, 1995), anotando incluso la posibilidad de que su construcción pudiera retraerse hasta el siglo I a.C. con motivo de las guerras sertorianas (ASENSIO, 1966: 35).

Sin embargo, el detenido reconocimiento de la muralla que llevamos a cabo con motivo de nuestro estudio, nos llevó a comprobar que, en unos casos, sobre todo en el lado oriental donde se conserva el tramo más largo y en mejor estado, alguno de los muros transversales se reducían a simples alineaciones de piedras sin ninguna trabazón con los paramentos, mientras que, en el lado sur, otros que parecían ajustarse mejor a las descripciones de Taracena, rebasaban amplia-

mente el paramento interno de la muralla. Uno de estos muros que era particularmente visible en un punto excavado por Taracena, nos llevó a la conclusión de que debía corresponder a una torre de planta rectangular que, condicionada por la presencia del foso, se destacaba al interior, como ocurre con la gran torre rectangular levantada en el punto más elevado de la ciudad, y que debieron existir otras de características similares (HERNÁNDEZ, 1982: 126).

Cuando decidimos retomar la excavación, uno de los objetivos prioritarios era determinar la intensidad y cronología de las reparaciones visibles en esta parte de la muralla y averiguar la naturaleza de estos muros transversales y su significación dentro del sistema defensivo. Por eso, aprovechando la oportunidad que nos proporcionaba el vaciado de este lado del foso en las campañas del 2000 y 2001, decidimos intervenir en el tramo superior, de los tres que se conservan, de la muralla celtibérica.

Se abrió una superficie de 600 m² distribuidos en una banda de 50 por 12 m. que afectaba tanto al exterior como al interior de la muralla, más 18 m² correspondientes a tres sondeos realizados en el interior del foso.

Así como la información recuperada en el foso no aportó datos de interés, pues estaba removido por las labores agrícolas, la excavación del exterior de la muralla permitió definir un nuevo lienzo que permanecía oculto por los derrumbes y que conecta los dos tramos superiores.

Pero los resultados más positivos y de mayor significación histórica se obtuvieron en el interior de la muralla. En este espacio la excavación ha permitido definir las características de la construcción a la que pertenecen los muros que en parte resultaban visibles y que suponíamos que debían ponerse en relación con una torre cuya presencia ha quedado ahora confirmada, habiéndose definido su planta. En ella, al igual que ocurre en el paramento exterior de la muralla, se documentan refacciones que modificaron de forma importante las proporciones y compartimentación de la primera planta hasta llegar, en su fase final, a una reformulación de la totalidad de la muralla.

De entrada conviene precisar que no hay ningún elemento que indique la existencia de una

muralla de cajones. Inicialmente la muralla constaba, en este punto, de un muro de un metro de grosor, a cuyo interior se adosaba una torre de planta rectangular de 10,80 por 7 m., con el interior hueco, compartimentado en dos espacios de proporciones similares. La parte superior de la torre se levantaba a base de adobes.

Tras su destrucción, en una segunda fase se levantó una nueva torre alterando el sistema de proporciones: se redujo la anchura y aumentó la longitud de forma que la planta resultante pasó a medir 14 por 6 m. Igualmente se modificó la compartimentación interna pasando a tener tres espacios, en lugar de los dos anteriores. Directamente sobre el suelo de uno de los espacios de esta segunda fase, bajo el nivel de escombros formado por tierra y fragmentos de adobe, se recuperó una forma completa de cerámica celtibérica, concretamente un cuenco y algunos fragmentos poco significativos de otras vasijas del mismo tipo.

En la tercera fase, se añadió al interior de la muralla un nuevo paramento de 0,50 m. de grosor de mucho peor factura, levantado sobre un potente nivel de destrucción celtibérico que contenía abundantes restos de fauna. Esta reforma supuso un cambio importante en la estructura de la obra que, a partir de este momento, adquiere un aspecto más acorde con el tipo predominante en las murallas celtibéricas.

Aunque los materiales asociados a las tres fases han sido escasos y se han limitado a algunos fragmentos de vasijas de producción local, faltando productos de importación que permitan mayores precisiones, la datación en los tres casos corresponde a la etapa celtibérica, sin que se haya documentado, en este lugar, ninguna evidencia de la reocupación imperial, que sí se ha documentado en otro punto de esta parte de la muralla celtibérica. Por lo contrario, la ocupación visigoda es omnipresente en todo el espacio, manifestándose a través de estructuras de habitación en muy mal estado de conservación, inhumaciones que rompen los niveles celtibéricos y elementos de cultura material entre los que destaca una placa de cinturón de los de placa rígida.

A poca distancia de esta torre documentamos otra de características técnicas similares,

pero de dimensiones algo superiores pues mide 11,6 por 7,5 metros. Su estructura interna no se ha terminado de definir debido a la presencia de otra torre de menores proporciones que corresponde a la reocupación imperial, pero su interior también está compartimentado en dos o tres espacios que, como en el caso anterior, estaban huecos en su parte elevada.

Estructuras del mismo tipo parecen adivinarse en el tramo de muralla que cierra el lado este, ya que en varios puntos se detecta la presencia de muros transversales similares a los vistos, que arrancando del muro exterior rebasan ampliamente el paramento interno levantado más tarde sin ninguna vinculación estructural con ellos.

Aunque los resultados obtenidos en este sector ponen fin a la opinión generalizada de la presencia de una muralla de cajones y a las implicaciones derivadas de ella, la discusión sobre la fecha de llegada y el origen de las innovaciones que en el campo de la poliorcética se documentan en el valle del Ebro, se reactiva con el descubrimiento de estas torres rectangulares compartimentadas en un lugar del interior tan alejado, teóricamente, de las influencias de la costa mediterránea.

La presencia de torres cuadrangulares es un fenómeno que se inicia en la Península en el siglo VI a.C. de la mano de la colonización fenicia y que se generaliza durante los siglos V y IV en toda el área ibérica, vinculado a las colonizaciones griega y púnica (MORET, 1996:112-113, 208-212). En el ámbito celtibérico su presencia se documenta más tarde, en un momento avanzado, nunca anterior al siglo III a.C., (LORRIO, 1997: 82).

Pero, dentro de las torres cuadradas, las que presentan su interior compartimentado constituyen un grupo minoritario al que se atribuye un origen feno-púnico, cuyo prototipo parece estar en la colonia fenicia de Mozia, en Sicilia, en el siglo VI a.C. (CIASCA, 1986). Su difusión es exclusivamente costera, documentándose su presencia en algunos poblados del área ibérica como Alorda Park (Tarragona) (SANMARTÍ y SANTACANA, 1991: 330-331), datado en el siglo VI a.C., y que es el caso más antiguo, Ullastret (Gerona) (PUYOL, 1989: 287; Moret 1996: 374-379),

Malaka, concretamente en el segundo recinto de muralla cuya construcción data del siglo VI, pero que posiblemente estuviera en uso hasta el siglo III a.C. (LÓPEZ, 2002: 88) y, con una cronología más avanzada, en Rochina (Castellón) (MORET, 1996: 451) y en el Tossal de Manises, en el lugar donde más tarde se situó *Lucentum*, y donde se ha propuesto la intervención directa o, al menos, una marcada influencia cartaginesa en época bárquida (OLCINA, 2002: 256).

4. LA DEFINICIÓN DE UN NUEVO ESPACIO PARA EL DESARROLLO DE LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA

Si desde el punto de vista formal, la vinculación de estas torres de *Contrebia Leukade* con modelos mediterráneos no plantea problemas, no resulta sencillo justificar su presencia en este lugar.

La discusión podría zanjarse aduciendo los mismos argumentos que se han esgrimido respecto a las murallas de cajones: que se trata de una muralla de factura romana y que, al igual que el resto de la ciudad, se construyó en un momento avanzado de la conquista, o incluso más tarde. Pero esta explicación no resulta convincente pues, de ser así, la muralla debería haber seguido un proceso evolutivo inverso. Se da la paradoja de que es en la fase más antigua cuando en su construcción se introducen los elementos más innovadores, mientras que en la fase final remite al modelo más tradicional de murallas celtibéricas formadas por dos paramentos y relleno interno.

Por otra parte, la topografía del enclave y las características de su entorno inmediato hacen que resulte difícil incluirla entre las “ciudades de llano”, nacidas después de las guerras celtibéricas, ni entre las fundadas más tarde, a raíz de las guerras civiles (ASENSIO, 1994; BURILLO, 1986: 10) Sólo más tarde, en plena época imperial, habrá una ocupación de carácter militar que se traduce en la recuperación del dispositivo defensivo. La existencia de un poblado anterior amurallado ocupando la mitad occidental del yacimiento, hace que, en todo caso, pudiera incluirse entre las que surgen tras la reorganización de los patrones de asentamiento, que se produce en el valle del Ebro en la segunda mitad del siglo V a.C. (AGUILERA,

1995; BURILLO, 1998: 222-224). Un criterio de antigüedad viene dado también por las características del foso, “el más espectacular y el mejor conocido” (LORRIO, 1997: 90). Su anchura, inferior a diez metros, corresponde a la que tienen los fosos más antiguos de los poblados estrictamente ibéricos del valle del Ebro, en contraposición a los que presentan anchuras en torno o superiores a los veinte metros que corresponden a yacimientos intensamente romanizados (ROMEO, 2002: 159-162).

Como en su día indicamos y seguimos manteniendo, la ciudad surge con anterioridad a las guerras celtibéricas y se mantiene operativa a lo largo de la misma, primero bajo el control indígena y después bajo el romano. A los romanos se debe la introducción, en un momento avanzado, de una arquitectura monumental levantada con sillares de arenisca que en parte fueron reutilizados en la construcción de la muralla imperial, y de elementos suntuarios en la arquitectura doméstica, como pavimentos de *opus signinum*, entre los que destacan uno recientemente descubierto que utiliza, como teselas, piritas perfectamente cúbicas, y otro que formaba parte del nivel de destrucción de la muralla celtibérica.

Queda, por tanto, por precisar la fecha de construcción de la ciudad y las motivaciones que indujeron a ello. Esta tarea no resulta fácil, dados los problemas que plantea el conocimiento de los inicios de la conquista romana del territorio del valle medio del Ebro (HERNÁNDEZ, 1995: 30-31) y de la necesidad de revisar alguna de las afirmaciones que de forma tácita se vienen admitiendo sobre los acontecimientos que se suceden en los tres siglos que preceden al cambio de Era (HERNÁNDEZ, 2002).

De forma unánime se ha venido admitiendo que el valle medio del Ebro, pese a las excelentes condiciones de navegabilidad que presentaba en la Antigüedad, había permanecido al margen de las corrientes colonizadoras con anterioridad a la llegada de los romanos. La afirmación se justificaba en la ausencia de elementos materiales que evidenciaran el fenómeno.

Sin embargo, el hallazgo de tres escarabeos y algunas cerámicas de filiación mediterránea, formando parte de los ajuares de la necrópolis de campos de Urnas de la Primera Edad del

Hierro de El Castillo (Castejón, Navarra), todavía en curso de excavación (FARO, 2002: 208 y 218), aun en el caso de que hayan llegado a través de trueques intermedios, marca el punto de inflexión de esta tendencia y permite pensar que, a partir de la fase de transición de la Primera a la Segunda Edad del Hierro, es probable que se intensificaran los contactos e intercambios entre la costa y el interior del valle. Pese a su excepcionalidad, el hallazgo abre la posibilidad de nuevas hipótesis, a la hora de analizar e interpretar las transformaciones que se producen en el seno de las comunidades del valle medio del Ebro, como la que atañe a la modificación de los patrones de asentamiento, e impide descartar de antemano su participación activa en acontecimientos posteriores.

Y es que creo que el valle medio del Ebro desempeña un papel de excepción en el desarrollo de los hechos que preceden al inicio de la conquista romana que de forma sistemática se lleva a cabo desde principios del siglo II a. C. Concretamente me refiero a la segunda guerra púnica.

Al respecto, soy consciente de lo arriesgado que puede parecer mi propuesta, pues supone un cambio radical en la valoración de unos hechos que de manera incontrovertible se viene manteniendo. No estoy menos seguro de que, las objeciones que yo hago a la interpretación tradicional, se verán multiplicadas por las que puedan hacerse a la que yo propongo.

Aunque no sea más que como un ejercicio de diversión, si sobre el mapa de la Península se recrea el desarrollo de los acontecimientos de la guerra, delimitando el territorio sometido a la influencia de uno u otro bando, como yo he hecho un buen número de veces durante varios años, se podrá comprobar lo difícil que supone admitir la interpretación tradicional. Esta dificultad justifica, en sí misma, la necesidad de elaborar nuevas hipótesis que, conjugando toda la información disponible, puedan proporcionar explicaciones alternativas.

Está claro que, al margen de la responsabilidad y el pretexto, el origen de la segunda guerra púnica viene dado por el incumplimiento del tratado del Ebro, cuyo curso marcaba el límite de la expansión territorial de cartagineses y romanos,

cuyo potencial bélico estaba marcadamente equilibrado. Por ello y en buena lógica, la primera parte de la guerra debió tener un carácter marcadamente fronterizo. Esto es lo que se deduce de la información que proporcionan los autores clásicos, que coinciden al señalar la celeridad con que se producen las incursiones en el territorio enemigo, por parte de uno y otro bando, y en que los enfrentamientos tienen lugar indistintamente en ambas riberas del río. La táctica empleada tiene como objetivo debilitar las líneas enemigas y romper un equilibrio de fuerzas que resulta bastante ajustado, pues se observa que la victoria de cada uno de ellos se ve contrarrestada de inmediato por otra equivalente del contrario. En estas circunstancias adentrarse excesivamente en campo contrario hubiera supuesto correr un riesgo irreparable, pues, en caso de derrota o en circunstancias adversas, la posibilidad de retirada quedaba condenada al fracaso. Sólo a partir del 209 a. C., la balanza se inclina del lado de los romanos y pueden disponer de una mayor capacidad de maniobra para emprender la conquista del sur y del interior de la Península. Con anterioridad y en lo que respecta a los enfrentamientos terrestres, el campo de batalla se situó en ambas orillas del Ebro. Al respecto el contenido del capítulo 41 del libro 24 de Livio resulta bastante esclarecedor.

En otro orden de ideas, ambos contrincantes utilizan una estrategia parecida respecto a los indígenas, consistente en buscar la complicidad de las comunidades asentadas en el campo contrario, ilergetes y celtíberos entre otros, para que hostigasen y entorpeciesen los movimientos del enemigo.

Sin embargo, lo dicho entra en contradicción con la interpretación que se viene haciendo respecto al espacio en que se sitúan los hechos, basada en la seguridad que poseemos sobre la situación de *Iliturgis* y *Castulo*, ciudades a las que, junto con *Akra Leuke*, corresponde un protagonismo de excepción en el desarrollo de la segunda guerra púnica.

La situación, en el alto Guadalquivir, que proporciona para las dos primeras el Itinerario de Antonino que las cita como mansiones de la vía que va de *Corduba* a *Cástulo* (It. Ant. 403, 2-3), distantes entre sí veinte millas, y que está confirmada por el hallazgo en Mengíbar de una

inscripción relativa a la *colonia Fori Iulii Illiturgitanorum* (CIL II, 190*; CIL II²/7,31) y otra al *populus Illiturgitanus* (CIL II²/7,31) así como por otra procedente de Cazlona, cerca de Linares, alusiva a los «*municipes castulonensis*» (CIL II, 3270), ha hecho que el escenario de la segunda guerra púnica se haya situado sistemáticamente en el sureste de la Península, pese a la dificultad que entraña justificar en este espacio la presencia y activa participación de los celtíberos en acontecimientos de relevancia como la traición que ocasionó la muerte de los generales hermanos, Publio y Cneo Escipión (LIVIO, 25, 34-36), o entender la rapidez y facilidad de movimientos con que los romanos, tras pasar el Ebro acceden hasta el alto Guadalquivir y tras entablar batalla, no siempre victoriosa, regresan a su base de operaciones situada primero en *Emporion* y luego en Tarraco.

Si la respuesta a la primera cuestión: la justificación de la presencia de los celtíberos en este espacio, puede ser respondida, de acuerdo con la tesis de Capalvo, situando parte de la Celtiberia en estas latitudes (CAPALVO, 1996). ¿Cómo justificar que los romanos puedan recorrer 700 kilómetros, pelear con suerte no siempre favorable y regresar, tras otros 700 kilómetros de marcha?. Se trata de un recorrido de 1400 kilómetros ejecutado por tropas de infantería y caballería, a través de un espacio accidentado, completamente desconocido y bajo control de su enemigo. La ejecución de este movimiento implica, además, abandonar el campamento de invierno durante un largo periodo de tiempo y dejarlo expuesto a los ataques de los ilergetes que actúan en connivencia con los cartagineses.

Recientemente hemos expuesto la razones que a nuestro juicio puede justificar estas aparentes contradicciones: la imposibilidad de compatibilizar la información que proporcionan las fuentes respecto a la conquista y los acontecimientos anteriores con la que se refiere a acontecimientos posteriores (HERNÁNDEZ, 2002). La razón es debida a que la ordenación y ubicación de los pueblos y ciudades en época imperial, que conocemos a través de Estrabón, Plinio y Ptolomeo, así como por fuentes epigráficas y viarias, no se corresponde exactamente con la precedente de los años de la

conquista y que transmiten básicamente Polibio, Apiano y Tito Livio.

La tesis que proponemos presenta un discurso paralelo a la de Capalvo, sólo que, en lugar de trasladar a los celtíberos al alto Guadalquivir, trasladamos *Iliturgis* y Castulo al interior del territorio celtibérico, basándonos en la duplicidad de nombres entre estas dos ciudades, que viene consignada en las fuentes escritas.

La explicación de esta duplicidad, al igual que la de otras ciudades como Nertóbriga, debe buscarse en uno de los recursos que utilizaron los romanos para asegurarse el control de los territorios que iban conquistando. Se trata de la confiscación de tierras y la deportación masiva de sus ocupantes, práctica que venían utilizando en el territorio de Italia con anterioridad a la llegada a España y que aquí utilizaron desde fecha temprana. La duplicidad también puede explicarse en función del asentamiento y reparto de tierra entre los contingentes indígenas que habían formado parte de su ejército, pero no parece ser este el caso de estas dos ciudades.

El caso de *Iliturgis* es muy esclarecedor al respecto. De la inscripción encontrada en Mengíbar, de cuya autenticidad e historicidad de su contenido, pese a las dudas que suscitó en su día, no parece haber duda (CASTILLO, 1983: 146-149), en la que se lee: *Ti. Sempronio Graccho/deductori/populus iliturgitanus* (CIL II²/7,31), se deduce que se trata de una fundación de Ti. Sempronio Graco y que con ese nombre no existía en ese lugar con anterioridad al momento de la fundación, sin que esto presuponga la no existencia de una población anterior. Por tanto, difícilmente se le pueden atribuir acontecimientos relacionados con la segunda guerra púnica. Forzosamente debió existir otra ciudad del mismo nombre a la que referir la información que proporcionan los historiadores clásicos. Es uno de éstos quien nos aporta la solución. Se trata de Festo que nos dice que: *Gracchuris, urbs Iberiae regionis, dicta a Graccho Sempronio, quae antea Ilurcis nominabatur* (FESTO, p. 97, M), completando la información que proporciona Livio: *Tib. Sempronius Graccus procos. Celtiberos victos in deditionem accepit monimentumque operum suorum Gracchurris oppidum in Hispania constituit* (Livio, *Per.* 41), sin que pueda achacársele que

confunde o que funde en una las dos fundaciones de Graco.

Por tanto, la *Iliturgis* que aparece en las fuentes del siglo III y comienzos del II a.C. desempeñando un papel activo durante la segunda guerra púnica, aunque Polibio la denomine *Ilourgeia*, Apiano *Ilurgia* y Festo *Ilurcis* (CASTILLO, 1983: 148), es la ciudad indígena que ocupaba el solar sobre el que Ti. Sempronio Graco fundó *Graccurris* como recuerdo de su victoriosa campaña contra los celtíberos, a los que venció cerca del Moncayo (Livio, 40, 50, 2). También se refiere a esta ciudad un episodio de la conquista anterior a la fecha de la fundación, y que también transmite Livio. Se trata del encuentro que tuvo M. Helvio en la campaña del 195 a.C., cuando abandonaba la Hispania Ulterior, con una multitud de celtíberos, veinte mil hombres armados según Valerio, bajo los muros de *Iliturgis*, de donde, tras vencerlos, llegó al campamento de Catón (LIVIO, 34, 10). Esto último conviene al carácter fronterizo que tenía la ciudad situada a las afueras de la actual ciudad de Alfaro, en las Eras de San Martín, próxima a la desembocadura del Alhama en el Ebro, en la misma frontera que separaba el territorio de la Citerior y la Ulterior, y antes, el territorio asignado a los romanos del que correspondía a los cartagineses, y muy cerca de varios vados que facilitaban el paso del Ebro. El lugar ofrecía unas excepcionales condiciones para establecer una cabeza de puente que permitiera acceder al interior de la margen derecha del Ebro, circunstancia que debió ser tenida muy en cuenta por Graco en la elección del lugar en que fundó la ciudad a la que dio su nombre.

Surge el interrogante sobre la razón de la existencia de la *Iliturgis* de Mengíbar, de la que, como hemos indicado, Festo no indica que se trate de una fundación de Ti. Sempronio Graco. Tampoco parece probable que estemos ante una refundación con un nuevo estatuto. Como señala Burillo el indigenismo del nombre está indicando la ausencia de promotores romanos en el momento de su nacimiento, al contrario de lo que ocurre con *Graccurris* (BURILLO, 1998: 334) La respuesta nos la sugiere Apiano cuando dice que, tras la toma de *Complega*, Ti. Sempronio Graco repartió tierra entre los pobres (Apiano, *Iber.* 8, 43). Al respecto, no

parece probable que el reparto se hiciera en el territorio recién conquistado, pues eso hubiera supuesto mantener un factor de inestabilidad contrario a los intereses de Roma. En realidad estamos en presencia de una auténtica deportación que afectaría a los ocupantes del espacio sometido entre el valle del Ebro y las estribaciones del Sistema Ibérico, y muy particularmente a los habitantes de *Ilurcis* y a los de otras ciudades de su entorno, cuya tierra sería confiscada y ellos evacuados, con motivo de la fundación de *Graccurreis*. La relación entre la *Iliturgis* del alto Guadalquivir y la del Ebro sería equivalente a la propuesta por M.P. García-Bellido para la indígena *Secobiricez* y la romana Segóbriga (GARCÍA-BELLIDO, 1994).

Similar suerte debió correr Cástulo, ciudad asociada sistemáticamente a *Ilurcis* en la segunda guerra púnica. La existencia de una ciudad con este nombre en la Celtiberia está atestiguada a comienzos del siglo I a.C., pues aparece citada en uno de los episodios de la campaña de T. Didio en el que interviene Sertorio (Plutarco, Sertorio, 3). Aunque su situación exacta no es segura, A. Beltrán, basándose en argumentos numismáticos, piensa que debe buscarse en Fitero (Navarra), en las proximidades de Turiaso (BELTRÁN, 1953), en el mismo valle del Alhama. De ser cierta esta reducción, se daría la circunstancia de que la relación de distancia entre las dos ciudades de la Bética, sería similar a la existente entre las situadas en el valle del Ebro, lo que puede indicar, sin que constituya una prueba determinante, que las poblaciones de las dos últimas fueran desplazadas al mismo tiempo.

La existencia de población en la Cástulo meridional, con anterioridad a la llegada de los celtíberos, es sobradamente conocida y, por otra parte, es lógico que así sea. La explotación de sus recursos mineros fue llevada a cabo de forma sistemática por los cartagineses, debiéndose servir para ello de la población indígena. Pero los nuevos dueños intensificaron notablemente la producción, utilizando la abundante y barata mano de obra que les proporcionaban sus victorias a medida que avanzaba la conquista de la Celtiberia.

Respecto a *Akra Leuké*, la tercera ciudad que comparte acontecimientos con las dos ya citadas, la información que disponemos es más limitada,

pues se reduce a la que proporcionan las fuentes escritas de la segunda guerra púnica. Su situación en Alicante carece de elementos de apoyo, ya que de Livio se deduce su proximidad al Ebro, pues, tras pasar el río precipitadamente, P. Cornelio Escipión acampó primero en *Castrum Album*, lugar famoso por la muerte de Amílcar y ciudadela fortificada (Livio 24, 41, 2-4). Por si cupiera alguna duda, Diodoro, a su vez, indica que Amílcar murió en los remolinos del Ebro (Tzetzes, *Hist.* 1,27: Diodoro, 25, 19), mientras sus hijos Aníbal y Asdrúbal se ponían a salvo en *Akra Leuké* (Diodoro, 25,10). La suma de las informaciones parece confirmar, respecto a que *Akra Leuké*, la ciudad fundada por Amílcar Barca y en cuyas proximidades había muerto, mientras su hijo Aníbal y su yerno Asdrúbal se ponían a salvo en su interior, es la misma que *Castrum Album* y se situaba en el Ebro. Pero abundando en lo mismo, Cornelio Nepote proporciona un dato que no deja de ser sorprendente, y que, en cierta medida, viene a confirmar nuestra propuesta; pues nos dice que Amílcar murió en una batalla contra los vetones (Cornelio Nepote, *Hamilcar* 4). La imposibilidad de que los vetones pudieran estar en el alto Guadalquivir llevó a Schulten a proponer que en realidad se trataba de los oreanos (SCHULTEN, 1935: 13). Por mi parte, pienso que el error sería más justificable si Nepote se refiriese a los berones, pueblo situado en el valle medio del Ebro, concretamente en La Rioja Baja y muy cerca de *Graccurreis-Ilurcis*. De esta forma el error no se debería a Nepote, sino que sería introducido más tarde por alguno de los copistas.

Es en este contexto en el que cabe encuadrar el estudio de las ruinas de Inestrillas, situadas en Aguilar del río Alhama, que D. Blas Taracena identificó con *Contrebia Leukade*.

Su rigurosa planificación, la magnitud de sus estructuras y las soluciones utilizadas tanto en su sistema defensivo como en su ordenación interior, y muy particularmente en las obras destinadas al abastecimiento de agua, hacen que resulte difícil de encuadrar dentro de las ciudades celtibéricas, pues a los recursos que son habituales en las ciudades indígenas añade otros que parecen tomados directamente de las corrientes mediterráneas, y más concretamente púnicas.

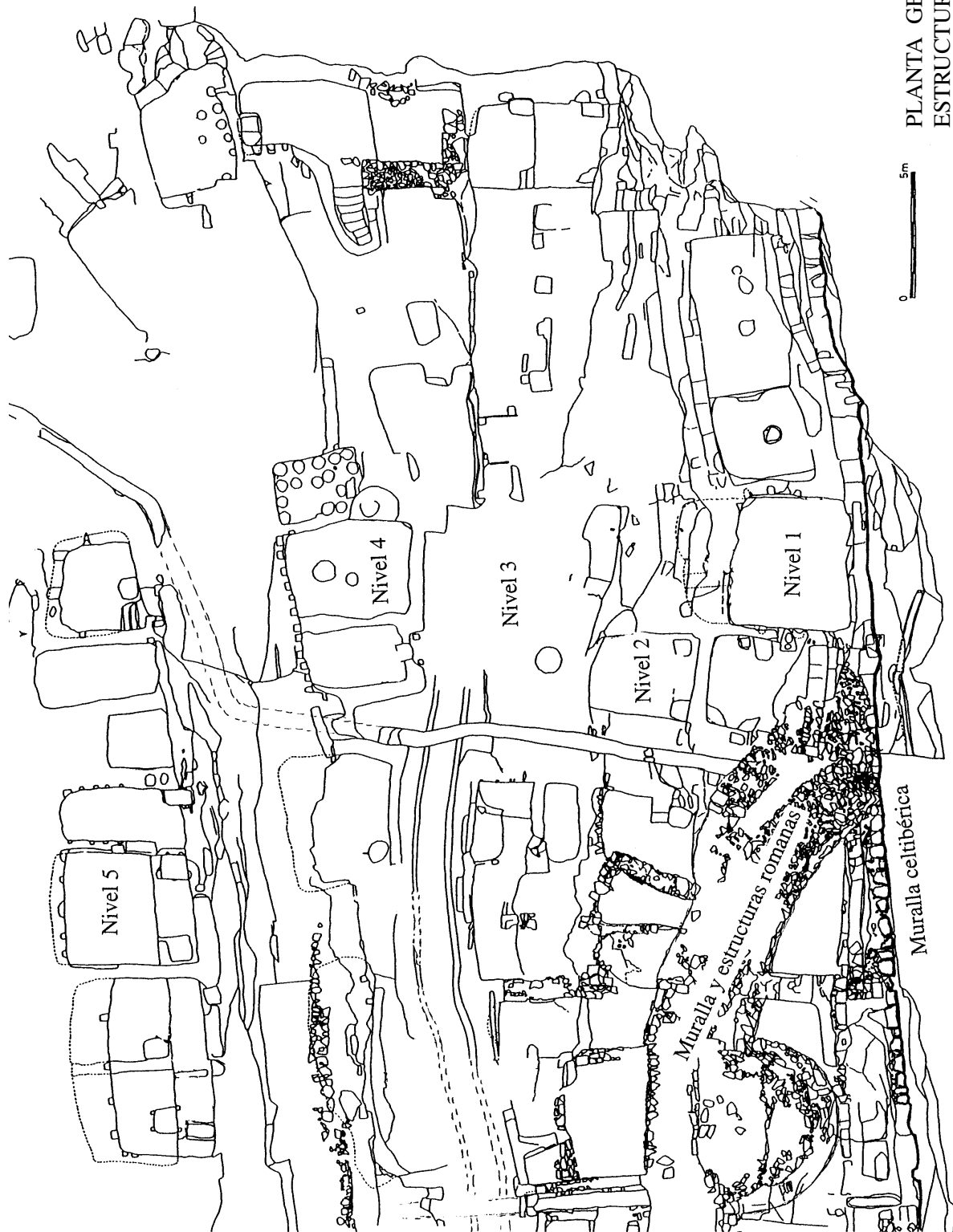
En otra línea, y sin entrar en disquisiciones filológicas, no puede negarse el parecido semántico que presentan Contrebia Leukade, *Castrum Album* y *Akra Leuke*.

Parece claro que la parte más importante de los enfrentamientos de la segunda guerra púnica tuvieron lugar en el interior de las tierras del Ebro en el espacio en que confluyen La Rioja Baja, la Ribera de Navarra, la parte de Zaragoza que mira la cara norte del Moncayo y la parte norte de Soria. Sin embargo la opinión generalizada de que la frontera se limitaba a la zona costera y la presen-

cia de *Iliturgis* y Cástulo en el alto Guadalquivir ha condicionado una interpretación que resulta difícil de entender teniendo en cuenta la lejanía del campo de batalla respecto a la frontera y la capacidad táctica de los ejércitos de la época.

Es evidente que los cartagineses extendieron su influencia a una parte de la Península mayor de lo que se ha venido considerando, siendo todo el curso del Ebro, y no sólo la parte inmediata a la desembocadura, el que marcaba el límite entre los territorios que se habían adjudicado ambas potencias.





PLANTA GENERAL DE LAS
ESTRUCTURAS EXCAVADAS
EN LA LADERA NORTE

Fig. 1.

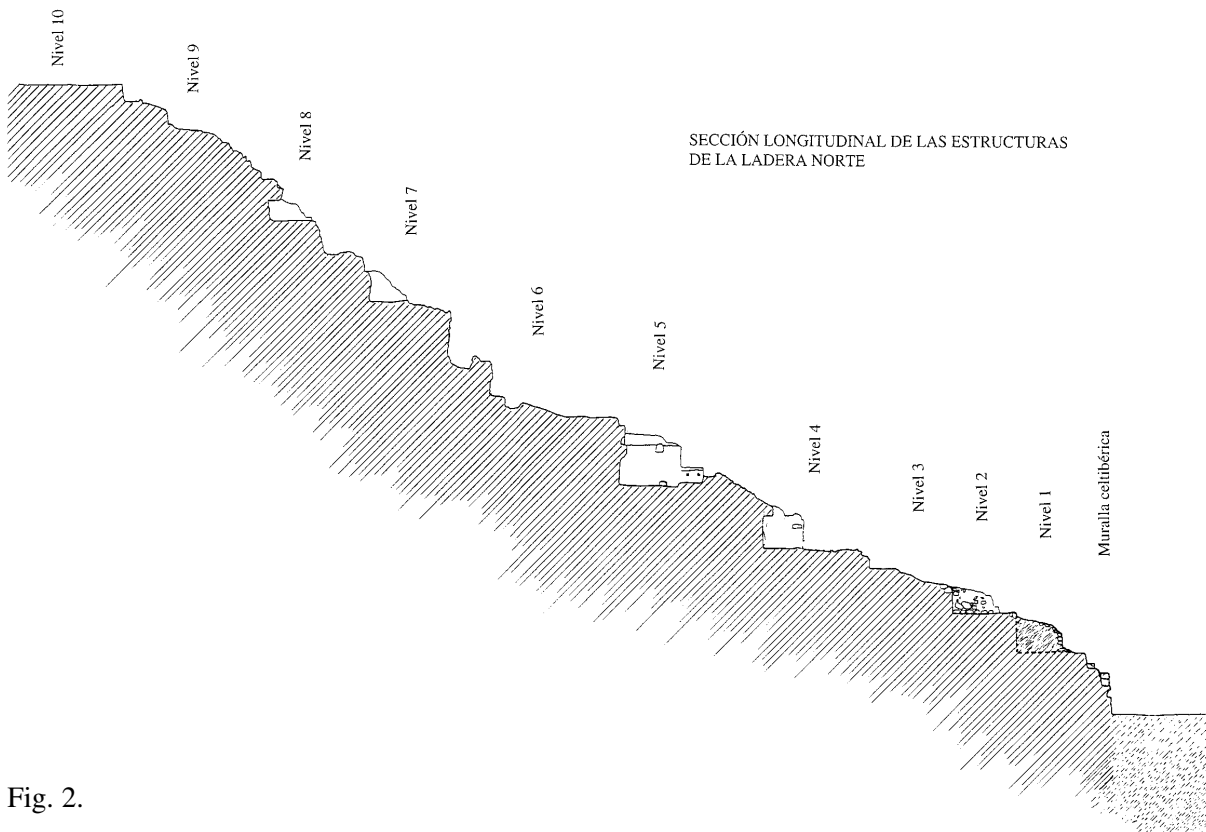


Fig. 2.

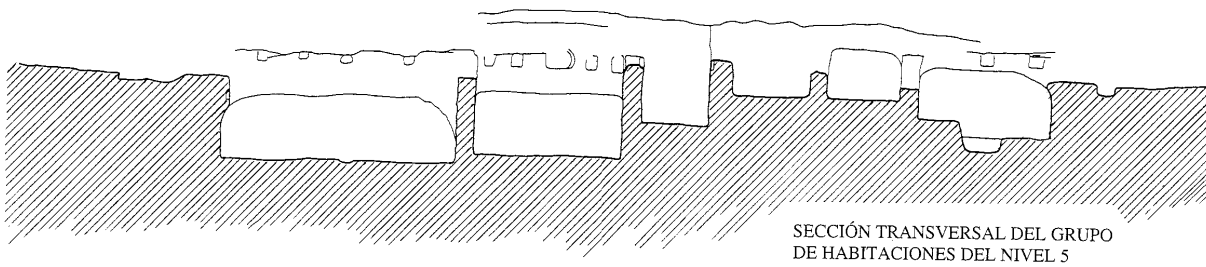


Fig. 3.

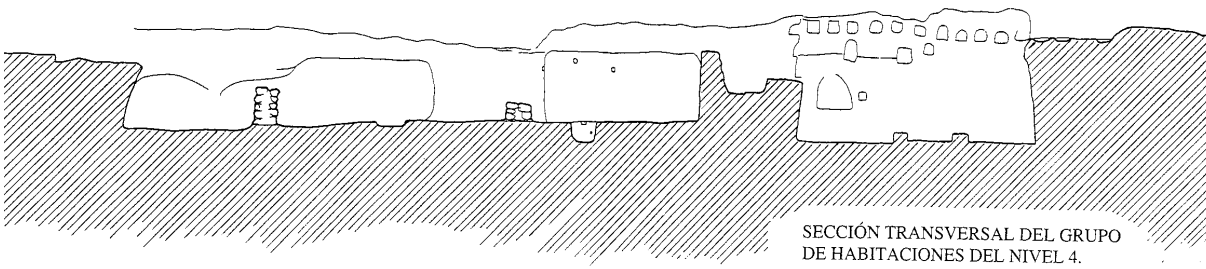
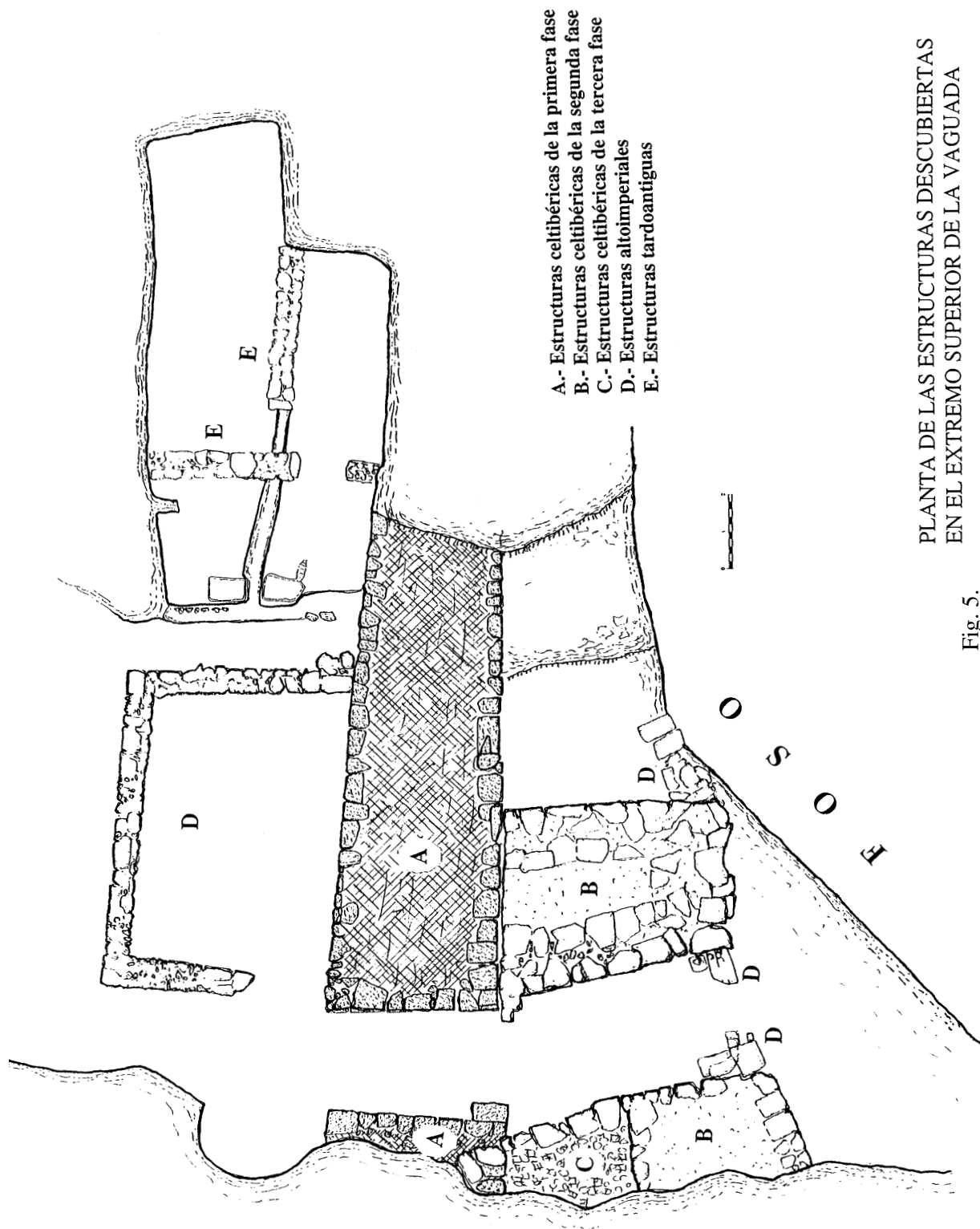
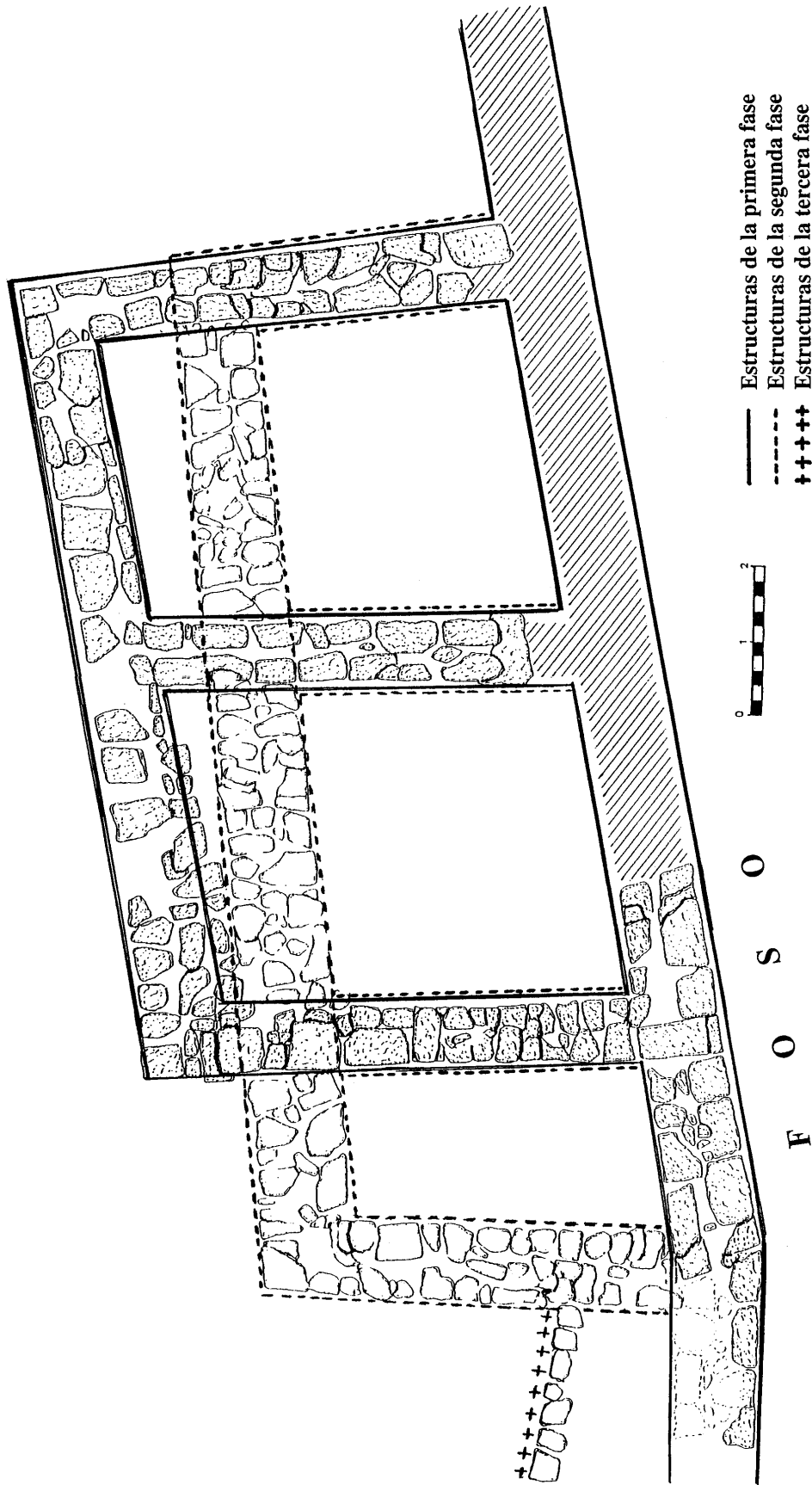


Fig. 4.



PLANTA DE LAS ESTRUCTURAS DESCUBIERTAS
EN EL EXTREMO SUPERIOR DE LA VAGUADA

Fig. 5.



PLANTA DE LA MURALLA Y TORRE
CELTIBÉRICAS DEL LADO SUR

Fig. 6.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILERA ARAGÓN, I. (1995) El poblamiento celtibérico en el área del Moncayo, en F. BURILLO (coord.), *Poblamiento celtibérico. III Simposio sobre los celtíberos*, Zaragoza: 213-233.
- ARLEGUI, M. (1992): El yacimiento arqueológico de “Castilmontán”, Somaén (Soria): El sistema defensivo, *II Symposium de Arqueología Soriana (Soria 1989)*, tomo I, : 495-513.
- ASENSIO ESTEBAN, J. A. (1994): Primeras manifestaciones del urbanismo romano-republicano en el valle medio del Ebro: Una nueva interpretación sobre las ciudades en llano de planta ortogonal en Aragón de finales del siglo II y comienzos del I a. E., *Zephyrus XLVII*: 219-255
- ASENSIO ESTEBAN, J. A. (1995): *La ciudad en el mundo prerromano en Aragón, Caesaraugusta*, 70, Zaragoza.
- ASENSIO ESTEBAN, J. A. (1996): Influencia de la poliorcética tardo-republicana en los sistemas defensivos de las ciudades indígenas del valle medio del Ebro: El caso de las murallas denominadas de cajones, *Anas*, 9: 21-36
- BELTRÁN MARTÍNEZ A. (1953) En torno a la palabra Castu de algunas monedas de Turiasu, *Numisma*, III, 6, 1953, 23-27.
- BOSCH GIMPERA, P. (1929): La civilisation ibérique du Bas-Aragon, *IV Congrès International d'archéologie, Exposition internationale de Barcelona*, Barcelona: 5-37.
- BURILLO MOZOTA, F. (1986): *Aproximación diacrónica a las ciudades antiguas del valle medio del Ebro*, Teruel.
- BURILLO MOZOTA, F. (1998): *Los celtíberos: Etnias y estados*. Barcelona.
- CAPALVO, A. (1996): *Celtiberia*, Zaragoza.
- CASADO LÓPEZ, P. y HERNÁNDEZ VERA, J. A. (1979): Materiales del Bronce Final de la cueva de los Lagos (Logroño), *Caesaraugusta* 47-48, Zaragoza: 97-125.
- CASTILLO, C. (1983): De epigrafía republicana hispano-romana, *Epigrafía hispánica de época romano-republicana*, Zaragoza: 141-150.
- CIASCA, A. (1986): Fortificazioni di Mozia (Sicilia). Dati tecnici e proposta preliminare di periodizzazione, *La fortification dans l'histoire du monde grec (Actes du colloque international, Valbonne, 1982)*, Paris, 221-227.
- EIROA, J. J. (1979): Aspectos urbanísticos del castro hallstático de El Royo (Soria), *Revista de Investigación III-1*: 81-90.
- FARO CARBALLA, J. A. (2002): Catálogo de la exposición: Protohistoria, En A. GARCÍA PAREDES (coord.), *Castejón: Cuatro milenios de Historia*, Castejón: 200-229.
- GARCIA BELLIDO, M. P. (1994): Sobre la localización de Segobrix y las monedas del yacimiento de Clunia, *Archivo Español de Arqueología*, 67, Madrid: 245-259.
- HERNÁNDEZ VERA, J. A. (1982): *Las ruinas de Inestrillas. Estudio arqueológico* (Instituto de Estudios Riojanos), Logroño.
- HERNÁNDEZ VERA, J. A. (2002): La fundación de Graccurrus, *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*. Valencia: 173-182.
- HERNÁNDEZ VERA, J. A. y MARTINEZ TORRECILLA, J. M. (1994): Contrebia Leukade: Consideraciones sobre el material cerámico, *Estrato* 6: 25-30.
- HERNÁNDEZ VERA, J. A. y SOPEÑA GENZOR, G. (1990): Acerca de una vasija celtibérica con decoración de cabezas humanas hallada en las excavaciones de Contrebia Leukade, Aguilar del río Alhama, *Estrato* 3: 40-44.
- HERNÁNDEZ VERA, J. A., ARIÑO GIL, E., NÚÑEZ MARCÉN, J. y MARTÍNEZ TORRECILLA, J.M. (1995): Graccurrus. Conjuntos monumentales en la periferia urbana: puentes, presas y ninfeos, *Graccurrus* 4, Alfaro.
- HERNÁNDEZ VERA, J. A., GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, F. J., y MARTÍNEZ TORRECILLA, J. M. (1996): Contrebia Leukade. Materiales metálicos de la última ocupación, *Estrato* 7: 25-31.
- HERNÁNDEZ VERA, J. A., GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, F. J., y MARTÍNEZ TORRECILLA, J. M. (1997): Contrebia Leukade. El alzado de la casa V-J-6, *Estrato* 8: 10-14.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (2002): Las ciudades fenicias occidentales, *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*. Valencia: 81-92
- LORRIO, A. J. (1997): *Los Celtíberos*, Alicante
- MORET, P. (1991): Facteurs indigènes et exogènes dans l'évolution de l'architecture défensive ibérique, *Fortificatio. La problemática de l'ibère ple: (Segles IV-III) Simposi internacional d'arqueologia ibèrica*. Manresa: 265-270-271
- MORET, P. (1996): *Les fortifications ibériques. De la fin de l'Age du Bronze à la conquete romaine*, Madrid 1996.
- OLCINA DOMÈNECH, M. H.(2002) Lucentum, *Valencia y las primeras ciudades romanas de Hispania*. Valencia: 255-266.

- PUJOL PUIGVEHÍ, A. (1989): *La población prerromana del extremo nordeste peninsular. Génesis y desarrollo de la cultura ibérica en las comarcas gerundenses*, vol. 1 y 2, Bellaterra (Barcelona), Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona.
- ROMEO MARUGÁN, F. (2002): Las fortificaciones ibéricas del valle medio del Ebro y el problema de los influjos mediterráneos, en P. MORET y F. QUESADA (eds.) *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a. de C.)*, Collection de la Casa de Velásquez (78), Madrid: 153-188.
- ROMERO CARNICERO, F. (1991): *Los castros de la Edad del Hierro en el norte de la provincia de Soria*, Valladolid.
- SANMARTÍ, J. y SANTACANA, J. (1991) Les fortificacions ibèriques de la Catalunya central i costanera, *Fortificacions. La problemàtica de l'iberic ple: (segles IV-III A.C.) Simposi internacional d'arqueologia ibèrica*, Manresa: 127-144.
- SANMARTÍ, J. y SANTACANA, J. (1991): El sistema defensiu del poblat ibèric d'Alorda Park (Calafell, Baix Penedès, Tarragona), *Fortificacions. La problemàtica de l'iberic ple: (segles IV-III A.C.) Simposi internacional d'arqueologia ibèrica*, Manresa: 329-335.
- SCHULTEN, A. (1935): *Fontes Hispaniae Antiquae III*, Barcelona.
- TARACENA, B. (1926): Noticias de un des poblado junto a Cervera del río Alhama, *Archivo español de Arte y Arqueología*, Tomo II: 137-142.
- TARACENA, B. (1942): Restos romanos en La Rioja, *Archivo Español de Arqueología* 46: 17-47.
- TARACENA AGUIRRE, B. (1954): Los pueblos celtibéricos, en MENÉNDEZ PIDAL, R. *Historia de España*, I (3), *Los pueblos prerromanos*, Madrid: 195-299.
- TRAGGIA, J. (1792): *Aparato a la historia eclesiástica de Aragón*, T. I, Madrid.